

Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 39

AÑO I

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

Anuncios y comunicados á precios convencionales

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD-REAL 12 DE NOVIEMBRE DE 1902.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

LA RUPTURA POLÍTICA

El Sr. Sagasta y el Sr. Canalejas han roto sus relaciones políticas. La sesión en que estalló la contienda fué de verdadera sorpresa para todos. El día antes dijo un gran parlamentario que la interpelación iba creciendo en interés hasta romper la comunidad, más ó menos supuesta, y de todos modos inexistente, de propósitos y pensamientos entre el elocuente orador demócrata y reformista.

La ruptura fué un hecho el mismo día en que el Sr. Canalejas salió del gobierno. Su excursión política ahondó las distancias. El gobierno desembarazado de su influencia, acentuó evidentemente la política en el sentido más gubernamental, hasta dar á la cuestión religiosa interpretaciones y aspectos admitidos ya por el partido conservador. Aparte el conde de Romanones, demócrata en sus resoluciones y radical extremado la conducta del gobierno ha sido contenida tanto como fué acentuada en la oposición.

Ha satisfecho esta mudanza á todas las derechas. Probablemente á la mayoría del país, que bien contaba podría resultar más conservadora que radical. Pero es innegable que el Sr. Canalejas permanece en su puesto y que con él estarán cuantos hicieron aquella campaña de la vehemente oposición al partido conservador que se mantengan en su misma situación y estado.

Dada la agitación radical en todas las esferas, el Sr. Canalejas se queda con esa significación en la política. No sólo discutible desde varios puntos de vista, sino peligrosa desde muchos, podrá ser una propaganda, una acción, un movimiento que correspondiera á aquellos términos; pero en su campo estaba y en su campo está el ilustre hombre público, y no es nueva su insistencia ni su conformidad con sus anteriores resoluciones, porque á diario viene combatiendo con más ó menos ardor, pero en la misma dirección, á la política gobernante.

Claro está que si ha vivido hasta aquí la situación liberal sin el Sr. Canalejas, con mayores actividades y aciertos parlamentarios podría continuar rigiendo la voluntad del Sr. Sagasta; pero es también posible que si no satisface evidentes necesidades públicas no se podrá defender un partido que no marcha frente al partido conservador, también respetuoso con el régimen liberal, si no en mejor acuerdo con él que con los demócratas de la izquierda.

Hoy pueden los conservadores decir que lo hacían mejor que los liberales, pero no por sistemas ni inspiraciones diferentes aparte de la obra del ministro de Instrucción pública.

Y en aquellas inspiraciones, y en el distinto rumbo, y en el más rápido procedimiento, disienta hace tiempo el señor Canalejas del Sr. Sagasta, y venía preparada la ruptura contra la voluntad de unos y otros, pero inevitable al fin, de manera que no ha de ser obra ya fácil volver á conciliar las diferencias.

CUENTO

Era un príncipe joven y bello, hijo hermoso de excelso monarca, más valiente que todos los hombres que el verbo creara.

Generoso, galante y gallardo no hubo nadie que tierno no amara á tan buena y tan digna criatura, con toda su alma.

Cierta día cogió prisionera á la niña más bella y más cándida, que en los campos feraces había de aquella comarca.

El amor le empujó á tal extremo y, sin darse momento de calma, arregló la prisión para que ella la encontrase grata.

Tolas ricas, perfumes de Oriente profusión de riquísimas dádivas, lo mejor y más bello del arte, adornó la jaula.

Rodeó á la mujer de sus sueños de creaciones sublimes y mágicas, sin dejar olvidada una cosa por rica ó por rara.

Más la niña, en lugar de fijarse en aquella prisión tan dorada, los hermosos y ricos regalos con llanto regaba.

Nunca seos se vieron sus ojos; nunca el príncipe tuvo esperanzas de rendir á la niña inocente, que triste lloraba.

—Yo te puedo llenar de riquezas; por tí sola suspira mi alma; yo, por verte en mis brazos, daría mi vida y mi fama.

Un puñal que atravesaba mi pecho, una herida cruel que me mata es mirarte verte afligida tan acerbas lágrimas.

Dime, hermosa, por qué no me quieres; pide, pide si algo te falta, que desnudo yo iría á buscarlo por calles y plazas.

Yo te adoro con tanta vehemencia, que arrastrándome humilde á tus plantas, dejaré que se pase la vida, si así me lo mandas.

Si en el mundo te estorba una cosa con mis manos iré á destrozarla, pero véate yo, que el no verte me destruye el alma.

—¡Ah, señor! Pues si tanto me adoras, reflexiona que así tu me matas. ¿Por qué dejas que aquí acabe triste, si tanto me amas?

¿Tú no sabes que yo no he nacido para verme entre joyas y galas? En estando alejada del campo ya todo me falta.

El palacio que tengo por cárcel, las mil cosas que tierno malgastas, el desvelo constante en que viven mis buenas orias.

pretendiendo aliviar mis dolores y enjugar para siempre mis lágrimas, comparando á los bienes que deo no resultan nada.

En el campo hasta el viento acaricia con dulzura inefable mi cara, y el ganado que pasta en los valles al verme á mi vala.

El almendro me brinda sus flores y la vega su alfombra y sus galas, y refugio constante mi estrecha y pobre cabaña.

Quando alumbra la pálida aurora yo conduzco mis ágiles cabras, y es contento del campo bendito mi boca que canta.

Si pretendes que triste no muera, maldiciendo tu amor y tus ansias, deja, joh, grande señor! que yo habite mi pobre cabaña.

Así dijo la niña inocente derramando á torrentes las lágrimas, y afigido aquel príncipe hermoso con voz apagada:

—Vete—dijo á tu campo dichosa; vete y cuida tus ágiles cabras, mientras quedo envidiando la brisa que besa tu cara.

Aseguran historias muy viejas que el reinado perdió aquel monarca y que el príncipe al verse tan pobre vertió amargas lágrimas.

Mas un día encontró á la pastora que acorándose airosa y gallarda —Ven, joh, príncipe!—dijo—te amo con toda mi alma.

Yo contigo si fui desdichosa mucha culpa tuvieron tus dádivas, que el amor nunca puede comprarse regalando galas.

Ven si quieres joh, príncipe mío! un lugar en mi alegre cabaña, y que juntos guardemos ahora mis ágiles cabras.

Nada puede mi amor regalarte pero en cambio tendrás mis miradas mis ardientes caricias. Ya puedo ser ahora tu esclava.

Y he sabido que el sér más dichoso de este valle empapado de lágrimas, fué aquel príncipe noble y valiente, que en el campo vivió con su amada.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

Placeres y Lágrimas.

Después de largo rato de espera, durante el que cochero y lacayo, temblando de frío, sequeaban sus amoratadas narices en las lujosas pieles que rodeaban su cuello, avanzó el elegante carruaje, conduciendo á Anita, hija de los marqueses de X, que, radiante de hermosura, se dirigía, acompañada de su mamá, al teatro, donde se ponía aquella noche en escena una ópera moderna que llamaba la atención, no tanto por su valor artístico como por lo atrevido de algunos de sus episodios.

Anita se hallaba satisfecha y sentía cierta complacencia, no exenta de orgullo, al pensar que todas las miradas se fijaban en ella cuando apareciese en su palco; más, sin embargo, no se hallaba del todo tranquila, sino que cierto temor, cierta angustiosa melancolía, para ella inexplicable, la entristecía, á pesar de que su mamá luchaba por quitarla aquellas aprensiones de monja escrupulosa, indignas de una joven de su alcurnia y nombre, según decía neciamente la marquesa.

Los consejos de la mamá fueron tranquilizando á Anita, á quien no dejaba de halagar la idea de presentarse deslumbradora con el brillo de sus diamantes y con aquel vestido más blanco que el armiño, que realzaba la cándida belleza de su rostro, donde se reflejaba angelical inocencia.

Legaba el coche á las puertas del teatro, cuando Anita vio, acurrucada junto á una farola, á una pobre mujer, joven aún, atarida de frío, sosteniendo en su regazo una

criaturita de rostro tan macilento como, el de su madre, la que, soportando la helada de aquella desapacible noche, extendía en vano su mano descarnada hacia aquellos seres afortunados, que corrían en tropel á gozar, sin reparar en el informe montón cubierto de nieve y extenuado de hambre, que solicitaba su amparo.

Anita quedó como espantada. Miró á su mamá y sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas... Quiso abrir la portezuela, pero la mano de la marquesa la impulsó hacia el lado contrario, reprendiéndola su manía por los pobres.

II

Quando Anita entraba en su palco, la representación se hallaba en los comienzos, y fijando sus ojos en el esplendor que la rodeaba, y escuchando las argentinas notas de la *diva* entonces de moda, que arranca estruendosos aplausos, se encontró como rechazada de aquel sitio donde le hacían daño los destellos de millares de luces en la abundante pedrería de las damas y mortificaba sus oídos de modo inexplicable el derroche de armonía arrancada á la brillante orquesta.

Esta confusión de los primeros momentos fué seguida de una profunda tristeza que se apoderó de la pobre niña. El recuerdo de la infeliz abandonada volvió á renacer vigoroso en su imaginación y una oleada de vergüenza subió á su rostro, creyendo que cometía un crimen si continuaba allí entre tantos que gozaban, mientras alguien necesitaba su auxilio, y sin pudiendo contener por más tiempo los impulsos de su corazón, pretextando un ligero mareo rogó á su mamá volver á casa. Accedió la marquesa, sin disgusto por tener que abandonar la escena más aplaudida que iba entonces á tener lugar.

III

Apenas Anita se halló fuera del teatro, cuando, dejando á su mamá, corrió hacia la farola... Allí estaba la mendiga, en la misma postura, inmóvil... La compasiva niña se dirigió á ella con los ojos preñados de lágrimas, y con voz ahogada por la emoción llamó á la infeliz madre... que ya no imploraba la caridad... ¡Habla muerto!

Hacia algunos minutos que, víctima del frío y del hambre, había sucumbido sin recibir ni una limosna, ¡que pedía por amor de Dios!

Aún el niño sollozaba sobre el frío cadáver, y como buria sarcástica de sus lamentos llegó hasta allí el eco de mil aplausos, confundido con las últimas notas de la orquesta...

Anita, ante tal desgracia, volvió sus ojos, y un grito de espanto escapó de su boca, revelando en su enérgica vibración lástima y horror.

¡Ellas... crueles y sin entrañas, habían vuelto la espalda á la desgracia, y no dudaron en anteponer un momento de goce á una obra de caridad!... Así, anegada en llanto, asíéndose á su mamá que á su lado permanecía inmóvil y aterrada, gritó:

—¡Murio, mamá, murio por culpa nuestra! La marquesa, que no tenía más defecto que un inmoderado deseo de figurar, al que todo lo posponía, se sintió conmovida en lo interior de su alma y se propuso remediar en lo posible aquella desgracia, recogiendo al niño que fué educado y socorrido á expensas de la marquesa.

Difficil fué separar la tierna criatura de los inertes brazos de su madre. Esta había muerto estrechando aquel pedazo de sus entrañas contra su seno para alargar su vida quizá con el imperceptible calor de su último aliento.

JOSÉ ROGERIO SÁNCHEZ.